

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 171

Sevilla—Martes 29 de Julio de 1902

AÑO XXVI

Comedia financiera

La comedia financiera de liberales y conservadores no tiene fin, y hoy como hace diez años y como el primer arreglo de Salaverria, subsisten los mismos vicios en nuestro sistema de tributación, esquilmando al pobre contribuyente.

En aquellos años de la regencia anteriores a la desdichada campaña de Melilla y al famoso grito de Baire, que dió por resultado la pérdida de nuestro inmenso imperio colonial, en que entregamos a los pies de los yanquis, terrenos, hombres y honor, estamos lo mismo, que lo mismo o infinitamente peor que en aquellos años, sin que los gobiernos hayan variado de sistema ni el país haya empujado como debía para mejorar su situación económica.

Después de aquello del presupuesto de la paz, de las tacañerías económicas de cierto ministro y de otras lindezas con que nos salieron por entonces, cuando comenzaron los monopolios y el moderno estancamiento de algunos artículos que apenas si producen al Estado la mitad de lo que ingresaba antes en el Tesoro por contribución industrial de los artículos monopolizados.

El presupuesto de 1892 era de ochocientos millones, que no se podían cubrir con los ingresos; el presupuesto actual rebasa la cifra enorme de mil millones, que nosotros preconizamos en aquella época, pero con un sistema nuevo, con procedimientos nuevos y con hombres nuevos.

Para demostrar todo esto, allá va literalmente copiado el artículo que bajo este mismo epígrafe está inserto en el número 36 de EL BALUARTE, correspondiente al día 14 de Febrero de 1892.

Dice así:

«No repetiremos las infinitas apreciaciones que se han hecho del déficit desolador con que han saldado repetidamente los presupuestos los dos partidos monárquicos que turnan hace 77 años; no apreciaremos detalladamente tampoco las partidas de que el presupuesto se compone; no entraremos en examen prolijo de esa serie de cifras y de conceptos de impuestos y gastos que llaman presupuesto: sería demasiado extenso y no encaja en los moldes del trabajo periodístico; y como por otra parte resulta que esa obra no se haya sometida a ningún sistema, no obedezca a principio científico alguno, sería imposible cuanto perfectamente estéril combatirla en detalle.

La obra de los conservadores se juzga en brevísimas palabras. Dicen ellos:—Necesitamos un presupuesto de ochocientos millones; no contamos con los actuales recursos más que para cubrir seiscientos millones; pues a buscar los doscientos que nos faltan. (¿No es verdad que lo mismo hizo Villaverde en 1900?) ¿Y dónde? Al ejército no podemos tocar, porque es la salvaguardia y sostén de las instituciones, y si pusieramos mano en él se volvería contra nosotros; al clero hay que dejarle tranquilo disfrutar las delicias de sus pingües sueldos, porque dirige las conciencias y sería mal enemigo nuestro (¡qué bien se lo agradecen los obispos, eh!) A esa mísera plaga de pasivos, que tan gran partida absorben, es preciso que disfruten el producto del trabajo que sus mayores prestaron al Estado, y serán nuestro sostén por espíritu de clase. ¿De dónde, pues, vamos a obtener los doscientos millones de diferencia en menos que resultan del presupuesto? Castigando el personal y el material de los centros ministeriales? Imposible: nos crearíamos enemigos en todas partes y el cacique del distrito, que tiene veinte empleados, nos negaría su apoyo, y ya podríamos ir a buscar actas a otra parte, porque sin su influencia no podríamos tener representación en Cortes. Es menester aumentar la contribución, es preciso que el pueblo pague un poco más, es necesario dar nombre distinto a tal impuesto, para así cobrar por dos conceptos, y sellada la obra confeccionada en esta forma y a salir del paso del mejor modo posible. Si esto no nos da todo el contingente que necesitamos, se hacen crecer en el papel las rentas y disminuir los gastos, y ya está. Luego, luego, presupuesto extraordinario,

créditos supletorios, transferencias y toda la tramoya necesaria para cubrir nuestra torpeza, y que siga el despilfarro. Sistema, criterio general aplicado a todos los ramos, no conviene, porque esto sería tanto como presentar a la faz del país la injusticia, la imprevisión, la falta de cálculo y la completa moral desnudez que nos rodea.»

Así hablan conservadores y liberales.

Veán nuestros lectores lo que hemos empeorado en diez años, perdurando el sistema aquel que nos llevó a la guerra y al desastre, y que hoy, diez años después, con un presupuesto cinco veces mayor, nos lleva a la ruina; y, sin embargo, todavía soportamos con calma a los políticos y financieros que causaron nuestra desventura y la horrible amputación de 1898.

A. A.

Nota del día

El Gobernador de Barcelona, Sr. Manzano, ha ordenado colocar, a la puerta de todas las casas de lenocinio, un edicto en el que se les hace saber a todas las mujeres que comercian con su cuerpo, que son libres, que ninguna deuda contraída por efecto del cambio de domicilio ó de dueña las supedita a la horrible esclavitud de permanecer recluidas en las sentinas del vicio....

Y para que mejor tengan efecto las disposiciones ordenadas, exige en dichas casas la supresión de cancelas ó puertas, para que a cualquier hora, en cualquier momento, la infeliz mujer que sufra las torturas del embrutecimiento carnal, pueda huir, pueda volar por el mundo con toda libertad.

Hé ahí por dónde se comienza, prácticamente, a suprimir la trata de blancas.

Ya esas pobres hijas del pueblo, únicas esclavas que quedaban sujetas a las ligaduras del vicio en nuestra pobre España, pueden huir, pueden regenerarse, pueden aspirar a ser madres dentro de la honestidad relativa de su condición de mujeres libres.

No las atará a su oficio otra cosa que la miseria, esa otra ama de casa que tiene menos corazón y peores sentimientos que aquellas otras que antes tenían.

¡Eh! ¡Ya se arregló todo!

Ya la mujer, si se prostituye, no se verá envuelta en esa red de vergonzosa explotación, sino que....

—¿Qué? ¿Adónde van?

Tiene usted razón: ¡adónde habrán de ir!

En su casa, estorban: no hay pan para tantos.

En la fábrica se la recompensa con dos ó tres reales de vellón, después de una jornada de nueve horas de trabajo.

En la calle se la acecha, si es bonita, para ofrecerla más. Si lo acepta, se la deshonra, se la inflama y después se la deja en completa libertad de morir de hambre otra vez, ó de volver a ser una alquilona del vicio de ocasión.

—Entonces, ¿qué haremos?

Eso digo yo:

¿Qué haremos con esas pobres mujeres que, con libertad y sin ella, están destinadas a ser prostitutas encartilladas para que, por cada caricia suya, pueda colocarse un botón dorado el lacayo del coche del señor Gobernador de la provincia?

¿Dejarlas en libertad?

Bueno: ya lo están en Barcelona. ¿Se las ha eximido de la contribución como a sus compañeras las de las altas jerarquías?

Eso es lo que falta saber.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Los Ayuntamientos de las ciudades del Norte que piensa visitar el rey en su anunciado viaje se niegan a gastar el dinero en la organización de festejos ni cosa parecida.

Bilbao y Santander se desentienden del amor fervoroso que España profesa a su rey, y en la segunda de dichas poblaciones ha tenido que recurrir el gobernador de la provincia a las li-

mosnas que den los Casinos de recreo, cuyo dinero ya sabemos de dónde sale: del tapete verde.

Un colega madrileño, ocupándose en la actitud de los Ayuntamientos susodichos, exclama:

«Y vaya apuntando la indigna y despreciable minoría cortesana, lo que vive parasitariamente sobre el país, nuevos rasgos de tradicional nobleza é independencia municipal. Como han procedido los Ayuntamientos de Bilbao y Santander (el de San Sebastián también merece ser inscrito en esta lista de honor, pues se niega a votar créditos para festejos principescos), procederán los de Gijón, Coruña y El Ferrol.»

El arraigo de la monarquía en España, como se está viendo por las pruebas, es inmenso. Los pueblos se vuelven locos con el rey. Aunque se resisten a soltar la mosca.

Los sucesos políticos giran alrededor del general Weyler, de quien se asegura que ha recibido repulsas en Palacio; y si no repulsas, desaires por lo menos.

El general no se da por entendido, y ni a tres tirones deja el ministerio de la Guerra.

La circunstancia de haber paseado D. Alfonso con el enorme héroe de Peñarque, Sr. Polavieja, hace creer que las instituciones caen del lado del Vaticano.

Los sucesos se precipitan.

O los reaccionarios, ó los otros.

—¿Y quienes son los otros?

Ahí está el quid.

¿Quiénes serán los otros que se pongan enfrente para contrarrestar a la gente negra?

Nuestra Comisión de Ferias y festejos del municipio se ha reunido para acordar los que habrán de celebrarse en la próxima Feria de San Miguel.

Según he oído decir, no hay una peseta de lo consignado.

Por tanto, habrá farolillos a la veneciana con recargo del 6 por 100 y a pagar cuando se pueda.

La banda municipal del Asilo de San Fernando tocará lo que sepa, y se colocarán banderitas para distraer el viento, si sopla por aquellos días.

Para redondearnos no nos hace falta más que la Corte anuncie su visita a esta capital.

Y que el Ayuntamiento haga subasta pública de los pocos bienes muebles é inmuebles que posee.

Ayer el calor que hacía derretía el pavimento, y, sin embargo, no pudo derretir muchos cerebros... Caballeros, ¡serán duros! ¡Serán duros, caballeros! Los cigarrillos se encendían frotándolos bien en seco, y la gente por las calles se iba toda derretiendo. Hubo quien salió de casa y, cuando volvió de nuevo, observó que había perdido catorce kilos y medio.

La reina viuda va a emprender un viaje a Viena.

Cuando salió de ella no tenía más ropa que la puesta.

Ahora entra con muchos millones, muchas alhajas, un palacio en construcción y un reino a su servicio.

—¡Ha hecho fortuna!—dirán por allí las lenguas murmuradoras.

Y tendrán razón.

De lo que era a lo que es, ya hay una diferencia tan grande como Puerto-Rico, Cuba é Islas Filipinas, puestas una detrás de otra.

Como ahora los periódicos no tienen en qué ocuparse, se dedican a filosofar.

Y unos más y otros menos, todos traen cosas parecidas a estas:

«Nada hay que merezca mayor y más justo respeto que las virtudes públicas y privadas.

Nada puede acercarnos a Dios tanto como la práctica de las virtudes cristianas.

Ser justos, ser caritativos, ser piadosos, buenos, rectos, equitativos, honrados y generosos, enaltecen la personalidad y forman una hermosa aureola.

Por esto mismo, cuando se invocan esas virtudes y no se tienen, cuando se va contra la justicia y se escarnece, se hace alarde de probidad y se atropella, la hipocresía resulta tan repulsiva que hace verdadero daño a las almas.»

Pero no enferman por eso.

Sino que siguen tan alegres y saludables, escarificando la justicia y atropellando a la honradez.

Eso de caritativo y piadoso es una muleta en los matadores de cartel político.

Con ella engañan a los pobres novilleros del populacho.

El asunto del cura de Gelves no da ya juego. El nuevo capellán ha entrado como Pedro por su casa, y las beatas se han dado por satisfechas.

La guardia civil ha quedado, por consiguiente, tranquila.

Era la encargada de hacerle tragar a aquellos vecinos a su nuevo ministro del Señor.

Caserta, el príncipe de Asturias, no acompañará al rey en su viaje a Bilbao.

Parece que ha dicho que ya la conoce.

Siendo chiquitito, estuvo con su padre bombardeándola con la canalla carlista.

Han comenzado a internarse en España los religiosos de ambos sexos que están arrojando de Francia.

Vienen por parejas... pero sin niños.

Estos los han dejado allá para no traer estorbos.

Cuentan que en la fachada del castillo de Triana (lo que es hoy Plaza de Abasto), aún no hace medio siglo se leta lo siguiente:

«El Santo Oficio de la Inquisición contra iniquidad de herejes, comenzó en Sevilla el año 1481, siendo sumo pontífice romano Sixto IV, que concedió su institución, y reinando en España Fernando V é Isabel, que lo suplicaron. El primer inquisidor general fué fray Tomás de Torquemada, prior del convento de Santa Cruz de Segovia, orden de predicadores. Quiera Dios que dure hasta el fin del mundo, para protección y aumento de la fé.»

El malasangre que mandó poner el anterior letero no pudo salirse con ella.

Aún no se ha acabado el mundo, ni mucho menos, y la Santa Inquisición no parece.

Aunque dicen que está al venir.

Polavieja tiene orden del Vaticano para implantarla en la mejor ocasión.

Si nosotros lo dejamos.

Que será posible.

CARRASQUILLA.

Del enemigo el consejo

Maldito sea el día nefasto en que, de los desiertos de la Tebaida, se levantó el nubarrón negro de tu fétida semilla, para caer, cual ciclón devastador, sobre Europa en general y sobre España en particular.

Es cierto, sí, que algunos campos cubiertos de abrojos fueron por vosotros cultivados y cubiertos de ricas cosechas.

Ese beneficio, que muchos imbéciles y pedantes de colegios han cantado, es el eterno estribillo de los malvados y necios que te protegen.

Pero tienes que reconocer, sin que tu rubicunda faz se cubra de rubor, que jamás un átomo de altruismo atravesó tu toscó cerebro y que para tí solo sembraste y recogiste.

Tienes que confesar que sólo tu sórdido afán te animaba y que el pueblo siempre fué entre tus manos tu instrumento, al par que tu víctima.

Acuérdate que tu orgullo mancilló esos pueblos, legítimos dueños de esas tierras, con el afrentosa estigma de vasallos.

Apenas habían transcurrido diez años desde que tu planta inmunda profanaba este suelo, levantaste enormes conventos, á manera de atalayas ó de fortalezas feudales; desde aquellas madrigueras, con tu bandera enhiesta y tus huesos de sicarios, amenazaste los palacios de los menguados reyes que en detrimento de sus pueblos te entregaron la patria haciéndote más pujante aún.

Hay quien diga todavía que, gracias á tus lances, fuimos alumbrados y que, sólo tú fuiste el trasmisor de obras célebres que los mortales de hoy pueden admirar, y que sin tí esas obras no hubieran podido atravesar las tenebras de siglos pasados.

Sé muy bien que un famoso emperador, en sus vastos proyectos, te encargó de ilustrar, de instruir á sus súbditos. ¿Has pensado alguna vez en cumplir ese noble ministerio? ¿Qué hemos aprendido de tí, el odio, el saqueo, la guerra, la maldad?

Bajo el peso de enorme farrago de supersti-

Alberto
Gasca núm. 9
MADRID

ciones gimen todavía los pueblos. ¿Haces algo para disiparlas? No, al contrario, su ignorancia y su credulidad estúpida hacen tu fuerza.

¿Por qué durante tantos siglos has dejado esos pueblos en la ignorancia y en la barbarie? Siempre amante de lo ajeno, sabemos que, como hoy te apoderas de las fortunas materiales, antes te apoderabas de las fortunas del saber. Sabemos que te hiciste dueño de riquezas literarias e históricas para alterarlas a tu antojo, para ocultarlas al mundo y para reinar, cual tirano moderno, sobre los pueblos estúpidos.

Demasiado sabías, ¡oh, fraile!, que el día libertador en que la antorcha del saber viniera a arrojar sus refulgentes rayos sobre nuestras tinieblas intelectuales, tu poder, basado en nuestra crasa ignorancia, caería con ella y nos vengaría.

Llegó ese día y, por un arte maravilloso, el inmortal Guttenberg nos ha salvado de tus acechanzas. Llegó ese día y con su penetrante claridad ha alumbrado lo más recóndito de tus monasterios, ha dejado a descubierto tus antes escandalosos misterios, nos ha revelado tus detestables costumbres, tus estafas, tus raterías. Los corazones se sublevaron de asco, los franceses dieron el ejemplo de su indignación y, sacudiendo sus férreas cadenas, empezaron a fecundizar sus valles sobre las humeantes ruinas de tus monasterios.

En España llegó la medida de tu desfachatez al colmo, y en un noble arranque de dignidad, el pueblo te arrojó de su suelo e hizo de los de tu especie una regular matanza; pero más tarde, a la sombra del manzanillo monárquico, tu asquerosa semilla volvió a reproducirse con nuevo vigor, y de nuevo se acerca la misma faena noble de arrancar de raíz tu malvada planta, baldón para Dios y venganza de los españoles.

Dichoso tú si a tiempo te apercibes del peligro que corres y a tiempo te retiras a ignotas tierras, pobladas por salvajes antropófagos, puesto que has dicho mil veces que tu papel en el mundo era el de civilizar a los ignorantes.

¡Guardate, oh fraile! Temé que el pueblo, harto de tus excesos, profane la razón con los suyos.

Durante demasiado tiempo la voz de los facciosos ha nutrido tus viles pasiones. Tus secueces van perdiendo terreno, en tanto el pueblo vengador va cobrando bríos.

Esas escuelas en que se criaron los regicidas, instruidos por los jesuitas a latigazos, tienden a desaparecer con tu exterminio ó tu expulsión completa.

Maldito sea el día en que del caos surgieron, cual tórrida hidra, tu cuerpo moncal con sus horribles cabezas: Capuchinos, Jesuitas, Bernardinos, Cordeleros, Carmelitas y demás ralea.

¡A huir, fraile! Lleva a otra parte tus tenebrosos designios. No esperes que el pueblo te perdone los excesos de tu vida pasada y presente; sus sufrimientos han llegado demasiado lejos para que de tí tengas piedad: el día del arreglo de cuentas, ese pueblo no blote se transformará en fiera sediente de tu sangre.

Créeme, vete, porque esperar clemencia sería tan estúpido como el pretender abrir las ostras por medio de la persuasión, como diría Soriano.

Del enemigo el buen consejo.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

La trata de blancas

AL SEÑOR MORAL, GOBERNADOR CIVIL DE SEVILLA

Si habrá llegado para esas infelices que gimen en las casas de lenocinio de nuestra ciudad la hora de su redención?

Esa pregunta, hecha por un importante diario de Barcelona con motivo de las plausibles disposiciones gubernativas, adoptadas por el señor Manzano, con esos desdichados seres recluidos, las más de las veces contra su voluntad, en las casas de prostitución, tenemos que repetir las nosotros dirigiéndola al señor del Moral. Vea éste lo hecho por su colega el señor Manzano.

Ha ordenado la fijación, en el sitio más público de las casas de lenocinio, de un edicto haciendo saber a las pupilas el derecho en que están de abandonar el domicilio donde residen siempre y cuando lo tengan por conveniente, sin que puedan impedirlo sus respectivas Celestinas, aun cuando aleguen tener pendiente algún crédito con las que deseen emanciparse y abandonar la vida aventurera.

Y en virtud de otra disposición, se ha ordenado a los propietarios de las fincas en las cuales se realiza el inmoral negocio que supone la existencia de casas de lenocinio, que inmediatamente procedan al arranque de las verjas ó puertas de hierro que dan a aquellas el carácter de verdaderas mazmorras.

Claro está, señor del Moral, que estas acertadísimas disposiciones del Gobernador civil de

Barcelona han merecido el aplauso unánime de todas las personas honradas y de caritativos sentimientos, aplausos y elogios de los que se hace eco la prensa catalana. Por eso, al pedir hoy nosotros a V. E. la adopción de medidas idénticas a las copiadas, y otras que la moralidad reclama, creemos señalar un servicio digno de tenerse en cuenta por toda autoridad amante de lo justo. ¿Qué mayor inmoralidad y escarnio a los derechos individuales que esa forzada prisión que sufren—y que tácitamente consienten los encargados de velar por la ley—multitud de seres desgraciados, caídos en la senda del vicio?

Y al mismo tiempo que las cancelas y las mujeres, especie de carceleras, que con llave colgada a la cadena que ciñen a la cintura, guardan la salida, deben desaparecer los *matones* contratados por las amas, para amedrentar a las infelices pupilas, haciéndolas permanecer en las casas contra su propia voluntad.

Y no precisa solamente lo dicho para que esos actos de justicia, señor Gobernador, no resulten letra muerta. Porque ha de saber V. E. que entre las Celestinas y los individuos que corren con el llamado ramo de Higiene, suele haber, por lo común, una inteligencia tan completa como sigilosa, ante la cual no pocas veces se estreñan toda suerte de disposiciones gubernativas.

¡Sí, señor del Moral! hay que hacer mucho bueno y trascendental en eso que llaman ramo de Higiene, y que más propiamente debiera llamarse interminable tejido de criminales infamias! Pero todo es empezar, y cuando las desdichadas que se hallan encenagadas en el vicio tengan abiertas a todas horas las puertas de su regeneración, se habrá dado un buen paso por la senda de la moralidad, que debemos apeteecer todos.

Entre las Celestinas y sus víctimas, señor del Moral, existen cierta clase de relaciones que importa cortar por lo sano. En cuanto las primeras hacen presa en las segundas, agravan su situación obligándolas a contraer deudas, que son verdaderas estafas, puesto que, por lo que vale medio, le cobran ciento.

De esta suerte, reducida la cautiva a la triste condición de deudora que no puede pagar lo que debe, transformarse en algo así como una prenda de carne hipotecaria. Y con el solo hecho de ser deudora, vese imposibilitada de abandonar aquel antro en el que se le alimenta mal y se la golpea infamemente, tan pronto como se atreve a protestar del trato que recibe. ¡Y esto, señor Moral, ocurre en unos tiempos en que ni remotamente se halla establecida en nuestra legislación penal la prisión por deudas!

Y de esas verjas y puertas de hierro cuya inmediata desaparición creemos ordenará V. E., señor del Moral, ¿qué decir? Cualquiera, al darse cuenta de la manera de guardar la entrada de esas casas *sui generis*, tendrá forzosamente que preguntarse, si aquellas lo son de lenocinio ó mazmorras, en las cuales habitan seres cautivos y se realizan hechos criminales. La infeliz que sienta deseos de abandonar aquella vida de inmoralidad y vicio, buscando en la calle moralizador y saludable ambiente, ¿cómo va a realizar sus legítimos deseos y naturales propósitos, si halla como obstáculo, dentro el palo amenazador del *guapo* contratado, y fuera la puerta de hierro, privadora de la libertad que anhela?

Proteja V. E. y ampare, señor Gobernador, a esas pobres cautivas que están siendo pasto de la voracidad de las aves de rapiña que las tienen entre sus garras, y desde luego le aseguramos que caerá sobre su persona, por obra tan laudable, los mismos elogios y bendiciones que ha merecido el señor Manzano.

¡Cuántas y cuántas desgraciadas se encuentran en la cenagosa senda del vicio sin haber siquiera tenido ocasión de meditar lo que hacían al emprender su marcha por aquélla! ¡Y cuán grande no habrá de ser su satisfacción al saber que por obra y gracia de plausibles y redentoras disposiciones tuyas, logran salir del fango en que en mal hora cayeron y vuelven a la vida normal, ajena de toda suerte de veleidades y concupiscencias!

Si, arránquense sin piedad esas puertas de hierro que guardan prisioneras a tantas cautivas; fijense en sitios visibles edictos, recordando a las mujeres de vida licenciosa el derecho que tienen a emanciparse, aunque deban a las amas en cuyas casas están, y proclámese de una vez y muy alto, para que se enteren bien las Celestinas, que han pasado los tiempos en los cuales todo era lícito, incluso los hechos más reprobables, en eso que llaman ramo de la Higiene, merced a asqueroso contubernio entre los empleados de aquélla y las amas de casa.

¡Señor Moral! se impone en este asunto un acto de verdadera moralidad!

PESADILLA

Soñé que se moría mi pequeña.

Para poner en autos al lector, hace falta insertar aquí una nota que le informe de varias cosas que no le importan. Es el caso que yo tengo una hija alta, morenita y muy graciosa, según mi opinión imparcial. Rotos por la muerte todos los otros vínculos que me unían a la vida, esta sola criatura se encargó de prolongar lo que yo llamaría románticamente mi cautiverio. Ella constituye todo el *debe* y todo el *haber* de mi vida, si es lícito, para seguir la corriente positiva que nos atrastra, aplicar la tecnología de la partida doble a las cosas del corazón. Sin ella, ¿quién sabe si hubiera presentado ya a estas

horas al Hacedor Supremo la dimisión de mi cargo? Yo no soy ningún Pasquín ni ningún Moret de la existencia.

Soñé, pues, que mi chica se moría. No había remedio. Tres médicos habían acudido a ayudarla, si no a bien morir, al menos a morir de fijo. Celebróse consulta. El jurado facultativo dictó veredicto de culpabilidad. La acusada había perpetrado lo que llamó nuestro gran clásico «el delito de nacer». Estaba condenada a muerte. El médico de cabecera fué encargado de notificarme la sentencia. La enferma no pasaría de la noche.

Y me dejaron solo. ¡Qué terribles horas de angustias! ¿Quién podría describirlas? El mal triunfante: la catástrofe irremediable. El despecho de la propia impotencia. La protesta estéril contra la ciega brutalidad que nos aplasta. El horror de la eterna separación inminente. La vana apelación a una justicia sorda. La esperanza agonizando lentamente a manos de la desesperación. La ansiosa e incierta expectativa del milagro. El extorcer que se exhala del pecho del ser amado y resuena en la estancia, y crece, y se extiende y ocupa los espacios y llena el mundo. ¿Qué poder extraño, qué fuerza incontrastable es la que nos liga a la existencia haciéndonos sobrevivir a semejantes dolores?

Alboreaba apenas, cuando la muerte, puntual a la cita del protomedicato, se personó en el aposento. Venía vestida tan ligeramente como quien tiene poco que tapar, y su diestra empuñaba la guadaña consabida. ¿Qué le dije, ó más bien, qué fué lo que no le dije para disuadirle de su empeño? Súplicas, gemidos, amenazas, clamores de ira, supremas invocaciones a la piedad, cuanto sugiere al mísero ser humano la lucha estéril con un destino inexorable. Ante el espectáculo de desesperación tamaña, la muerte misma se sintió un momento conmovida. Algo como una fosforescencia de conmiseración alumbró sus órbitas huecas; su pecho sin entrañas pareció agitado por la convulsión de un sollozo, y extendido el descarnado brazo hacia la pared contigua al lecho en donde mi pobre hija agonizaba, con voz de timbre cascado y seco como de osamentas removidas, prorumpió en esta sola palabra:

—¡Miral!

Y entonces vi una cosa extraña. Sobre la blanca pared de la alcoba, sumida en misteriosa semioscuridad, se fueron dibujando con vagos y difusos contornos las escenas del porvenir. Ante la abjuración de la muerte, el destino revelaba sus misterios. El futuro condescendía por aquella vez en hacerse presente y en anticipar a un mortal los arcanos que guarda escondidos en sus senos insondables.

Primero fué un cuadro de desolación. Yo muerto; mi hija llorosa, huérfana, desamparada. El duelo y el abandono. La execrable mezcla de la miseria con el dolor. La congajosa, la horrible lucha por la vida de los desarmados y los indefensos. La tentación omnipotente; la virtud trocada en heroísmo. El pan de la piedad; el recuerdo amargo del hogar perdido. Todo el infierno de sinsabores, de amarguras, de humillaciones que llevan consigo, como cortejo inseparable, el abandono y la indigencia.

Un fulgor celeste iluminó luego la escena. Era el amor, la suprema ilusión de la vida, el amor casto, honrado, que crea la familia y forma el nido. Era la maternidad, el gran suceso que completa la existencia. Aquello fué un resplandor. El hermoso sueño se desvaneció pronto entre las pequeñeces, las miséncias, los contratiempos mezquinos, las preocupaciones sordidas de la lucha diaria. La esposa lloraba la indiferencia y el desvío. La madre agonizaba al lado de la cuna en que morían sus hijos. A poco, junto a otro lecho de muerte, lloraba la viudez como una segunda orfandad.

Después era una anciana de cuello encarnado, manos temblonas y andar vacilante, una pobre decrepita, desecho de la vida, olvidado por la muerte. El llanto había secado sus ojos. Todos los dolores parecían haber dejado estampado su sello indeleble en aquella piel de pergamino. Su talle se encorvaba como en deseo inconsciente de la tumba. Y, ¡cosa horrible! las facciones de aquella momia semoviente guardaban aún con las de mi hija una vaga y remota semejanza.

¿Qué significaban aquellas extrañas visiones? ¿Era que la muerte me daba a elegir? ¿Había consentido por una vez el inflexible destino en someterse al arbitrio de las humanas veleidades? ¿Se me hacía dueño, en nombre de mi hija agonizante, del ser y el no ser? ¿Quería la muerte calumniar a la vida? ¿O deseaba tan sólo sincerarse, haciendo ver todo lo que hay de piadoso en el fondo de sus aparates crueldades?

No lo sé. Confundido, aterrado por aquel programa de una vida que no ofrecía, sin em-

bargo, a mis ojos, sino los contratiempos y dolores de una existencia ordinaria, me sentí poseído de improviso por un profundo sentimiento de dolorosa resignación. Comprendí que la reflexión demandaba de mí el sacrificio del instante. Y volviéndome hacia la parca, con abatido ademán, díjole en voz apenas perceptible:

—Sea.

Ella, como si sólo aguardara mi permiso, alzó al punto la terrible guadaña, dispuesta a segar en flor una existencia.

Y entonces, es claro, desperté. Llamé a mi hija y la abracé sollozando.

ALFREDO CALDERÓN.

De actualidad

En Costa Rica hay pánico porque los volcanes están en erupción.

Dicen de París que pasan de cien los heridos que resultaron en las colisiones de ayer. Los libertarios asaltaron la terraza del jardín de las Tullerías. La policía les desalojó de allí.

En la pasada noche hubo extraordinaria animación en la plaza de la Concordia, calle Real y boulevard de la Magdalena. Los agentes dispersaron tres veces a los manifestantes.

Durante el día se hicieron cien detenciones, solo mantenidas cuatro. Heridos gravemente 12.

A Nueva York comunican del Cabo haitiano que las tropas procedentes de Antibonita entraron en Limboe y marcharon sobre aquella capital.

La ciudad de San Rafael está cercada y amenazada seriamente. Los insurrectos derrotaron a las tropas procedentes de Puerto Príncipe.

Un despacho del Cabo recibido en Londres anuncia que el mítin de Paal Botha declaró lo siguiente:

El África es nuestra herencia y nuestra patria.

Esforcémonos para instruir a las nuevas generaciones para que puedan formar entre los futuros gobernantes del país.

En breve se instalará aparatos de telegrafía sin hilos, sistema Morconi, en el Lepanto, y en el Giralda del sistema Cervera.

Ambos barcos realizarán en Septiembre experiencias para decidir cuales sistemas dan mejores resultados.

Llegaron a Madrid los cómplices de Cecilia e ingresaron en las respectivas cárceles, incomunicados. Garreta, al ser encerrado, lloró protestando de su inocencia.

La celda que ocupa Eulalia está inmediata a la de Cecilia.

Según despacho de la Coruña, los obreros que trabajaron para salvar al vapor *Trier* hicieron manifestación ante el consulado alemán y la casa consignataria del vapor, pidiendo 30 pesetas diarias por sus trabajos. El consúl ofrecióles 20.

La benemérita disolvióles.

Hay excitación y amenazan con desórdenes.

Inclán ha ultimado la reorganización del departamento de Agricultura y Obras públicas, y conferencia con Sagasta.

En el Consejo de ministros celebrado ayer pasó al ministerio de Estado una exposición de la Cámara de Comercio de Barcelona, que pide un tratado de comercio con Cuba.

Moret leyó Memorias de Echegaray y del ingeniero francés Appell, relativas a los trabajos sobre navegación aérea del ingeniero español Torres.

Acordóse que pasaran a informe del ministerio de la Guerra para que proponga medios de auxiliar los estudios.

Estudióse la cuestión financiera, exponiendo Rodríguez los resultados de la recaudación y señalando las causas de la baja.

Acordáronse varias resoluciones que el Gobierno estima suficientes para el equilibrio del presupuesto en el próximo semestre, logrando mantener la nivelación.

Insistese en que el Banco proyecta hacer una operación de cincuenta millones de francos destinados, once al aumento de reservas metálicas y treinta y nueve a necesidades del Tesoro.

Romanones ha ultimado el decreto de inspección de la enseñanza oficial y procurará que tenga eficacia.

Lo publicará antes de terminar las vacaciones.

Weyler llevará a Gijón a la firma del Rey el ascenso de generales telegráfico.